001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 3

LOS ENEMIGOS DE ESPAÑA

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 4

CENTRO DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y CONSTITUCIONALES

CONSEJO EDITORIAL

Luis Aguiar de Luque
José Álvarez Junco
Paloma Biglino Campos
Bartolomé Clavero
Luis E. Delgado del Rincón
Elías Díaz
Santos Juliá
Francisco J. Laporta
Clara Mapelli Marchena
Francisco Rubio Llorente
Joan Subirats Humet
Joaquín Varela Suanzes-Carpegna

Colección: *Estudios Políticos*
Director: JOAN SUBIRATS HUMET

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 5

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS
FRANCISCO SEVILLANO CALERO
(eds.)

LOS ENEMIGOS DE ESPAÑA

Imagen del otro, conflictos bélicos y disputas nacionales (siglos XVI-XX)

Actas del IV Coloquio Internacional de Historia Política
5-6 de junio de 2008

CENTRO DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y CONSTITUCIONALES
Madrid, 2010

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 6

Catálogo general de publicaciones oficiales:

http://www.060.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita
de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes,
la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, comprendidas la reprografía y el tratamiento informático.

De esta edición, 2010:

© Xosé M. Núñez Seixas y Francisco Sevillano (eds.)

© Centro de Estudios Políticos y Constitucionales

Plaza de la Marina Española, 9
28071 Madrid
http://www.cepc.es

NIPO: 005-10-
ISBN: 978-84-
Depósito Legal: M.

Realización: Gráficas/85, S.A.
Gamonal, 5. 28031 Madrid

Impreso en España - *Printed in Spain*

Impreso en papel reciclado

¡ATENCIÓN!
Faltan números

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 7

ÍNDICE

Págs.

INTRODUCCIÓN. Las Españas y sus enemigos 9
por XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS y FRANCISCO SEVILLANO.

SECCIÓN I
Los enemigos del Imperio (siglos XVI-XVIII)

La presentación de las amenazas exteriores como sustento de la Monarquía hispana 27
por JOSÉ JAVIER RUIZ IBÁÑEZ.

El protestante. Martin Lutero, el luteranismo y el mundo germánico en el pensamiento e imaginario españoles de la época moderna 49
por PEER SCHMIDT.

El judío en España: la construcción de un estereotipo 75
por JAIME CONTRERAS CONTRERAS.

La lucha contra el turco: de los almogávares a Lepanto 89
por PABLO MARTÍN ASUERO.

El rebelde flamenco, ¿«enemigo de España»? Sobre los orígenes y la persistencia de un estereotipo 117
por ANTONIO SÁEZ ARANCE.

SECCIÓN II
Los enemigos exteriores de la nación (siglos XIX-XX)

El francés invasor de 1808 139
por PEDRO RÚJULA.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 8

Págs.

El «moro», decano de los enemigos exteriores de España: una larga enemistad (siglos VIII-XXI) 163
por ELOY MARTÍN CORRALES.

La Iglesia y el Vaticano, enemigos de la España liberal 185
por M.ª PILAR SALOMÓN CHÉLIZ.

El peligro viene del Norte: la larga enemistad de la España conservadora a los Estados Unidos 209
por DANIEL FERNÁNDEZ DE MIGUEL.

Del ruso virtual al ruso real: el extranjero imaginado del nacionalismo franquista 235
por XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS.

SECCIÓN III

Los enemigos internos de la nación (siglos XIX-XX)

¿Guerra entre hermanos en la Gran Antilla? La imagen del rebelde cubano (1868-98) 271
por ANDREAS STUCKI.

El vasco o el eterno separatista: la invención de un enemigo secular de la democracia española, 1868-1979 295
por FERNANDO MOLINA APARICIO.

El 'rojo'. La imagen del enemigo en la 'España nacional' 327
por FRANCISCO SEVILLANO.

«Son los catalanes aborto monstruoso de la política» 343
por ÀNGEL DUARTE.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 9

INTRODUCCIÓN

LAS ESPAÑAS Y SUS ENEMIGOS

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS
FRANCISCO SEVILLANO

España tuvo también sus enemigos como comunidad política e identidad imaginada, como construcción cultural y ámbito de representación del poder. Y, más aún, el nacionalismo español, aunque su propia existencia en España durante los siglos XIX y XX (y XXI) sea todavía objeto de algún debate conceptual entre los científicos sociales y los propios políticos e intelectuales españoles en general.

En el caso español es indudable que existe una comunidad política compartida con antelación a la irrupción del nacionalismo como nuevo principio legitimador de esa comunidad. La nación, y el nacionalismo que la propugna en el espacio público, hereda los enemigos del imperio, de la religión y del rey, y al mismo tiempo los reformula. Y las distintas maneras de entender la nación adoptan diversas combinaciones de definiciones del *otro* o de los *otros* necesarios para formular la imagen del *yo* nacional. Definimos aquí *nacionalismo* de forma amplia, es decir, como la ideología y el movimiento sociopolítico que defiende y asume que un colectivo territorial definido es una nación y, por tanto, depositario de derechos políticos colectivos que lo convierten en sujeto de soberanía, independientemente de los criterios (cívicos, étnicos o una mezcla de ambos) que definan quiénes son los miembros de pleno derecho de ese colectivo. Esta definición supone aceptar que nacionalismo es toda defensa y asunción de que un territorio determinado constituye el ámbito en el que un colectivo humano, definido como una nación, ejerce su soberanía y que, por lo tanto, es sujeto de derechos políticos colectivos. A partir de ahí, y según los criterios por los que se defina quién forma parte de la nación y quién no, habrá nacionalismos cívicos o étnicos, aunque en la gran mayoría de los casos lo que encontraremos será una combinación de ambos tipos ideales, más o menos predominantes[1].

[1] *Vid.*, sobre este argumento, D. BROWN, *Contemporary Nationalism. Civic, Ethnocultural & Multicultural Politics*, Londres/Nueva York: Routledge, 2000, pp. 50-69.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 10

Optar por esta definición implica también que la presencia del nacionalismo, y muy particularmente del nacionalismo de Estado, es detectable incluso en programas y tendencias políticas que asumen y defienden como un hecho indiscutido e indiscutible cuál es la nación a la que pertenecen. Ello no implica que ese componente ideológico sea *visible,* que ocupe necesariamente el centro de su agenda política y sus prioridades estratégicas. Por el contrario, el componente nacionalista (definir qué nación es la que se defiende o asume) jugará un papel protagonista en la agenda de aquellos partidos o movimientos sociopolíticos cuya nación de referencia no goza de un reconocimiento institucional considerado suficiente y, sobre todo, de soberanía. En los nacionalismos de Estado, que dan la nación por *naturalmente* preexistente, el nacionalismo aparece como un componente visible en tres supuestos básicos: *a)* amenaza o agresión exterior, pero también el desafío de nacionalismos alternativos en el interior de sus fronteras; *b)* irrupción –aunque sea pacífica– en su territorio de poblaciones consideradas extranjeras; y *c)* elevación del vínculo comunitario nacional a categoría central de su cosmovisión, por encima de otras formas de identidad colectiva (lo que, en el último caso, suele llevar aparejada una preferencia por ideologías antidemocráticas)[2]. El nacionalismo español contemporáneo se ha caracterizado por una amplia diversidad interna. Bajo el común denominador de la defensa de la continuidad de España como nación se hallaron programas políticos y cosmovisiones sociales y culturales muy diferentes; y, por lo tanto, con adversarios también muy distintos.

Una discusión recurrente en el ámbito historiográfico español desde hace una década gira alrededor de la existencia o no de una «débil nacionalización» española durante el largo siglo XIX. Pero a menudo se obvia en esa discusión la influencia que la guerra, y consecuentemente de la falta o no de un «otro» nacional externo definido y duradero, pudo jugar en esa nacionalización de las masas, desde arriba o desde abajo. La guerra, o la relativa ausencia de ella, fue un elemento fundamental. En el caso español se puede afirmar que las guerras *patrióticas* han contribuido enormemente a la consolidación de los diversos procesos de construcción nacional que se sucedieron en Europa durante los siglos XIX y XX. Ciertamente, las guerras no crean una nueva conciencia nacional allí donde ésta previamente no existía. Pero pueden incidir decisivamente sobre su configuración, sus características y su difusión social en tres aspectos. *Primero,* en su difusión social y su capacidad

[2] *Vid.* M. CANOVAN, *Nationhood and Political Theory,* Cheltenham: Edward Elgar, 1996, pp. 83-96.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 11

de impregnación capilar de la vida de una comunidad, pasando a otorgar sentido a amplias dimensiones de la experiencia vivida, tanto individual como familiar. *Segundo,* en la reformulación de algunas de las características ideológicas, culturales o simbólicas fundamentales de la identidad nacional, proceso que se refuerza por la propia capacidad de penetración social de las imágenes y discursos nacionalistas combinados con los lemas movilizadores de toda guerra: de un *patriotismo de guerra,* subproducto específico y componente a su vez de una trama de significados y un repertorio de movilización más amplios, la *cultura de guerra*[3], cuyo fin último es galvanizar a los connacionales y correligionarios mediante el abuso de la estereotipia, de la simplificación discursiva y la elaboración de imágenes nítidas del nosotros y del ellos. Y *tercero,* de modo relacionado con lo anterior, en la transformación de nacionalismos cívicos –o de base predominantemente cívica– en nacionalismos de carácter etnocultural, al apelar más directamente a la emoción, la cultura, el origen compartido, la historia o la etnicidad, en fin, como vínculos *fuertes* con los que crear lazos duraderos.

Hablar de enemigos implica asimismo abordar el papel de la guerra como generador y reforzador de identidades nacionales, y como factor que opera sobre los procesos de construcción y difusión social del nacionalismo y la identidad nacional en al menos dos direcciones. Por un lado, la movilización bélica, al igual que su rescoldo duradero de rivalidad, duelo y resentimiento, que se prolonga mediante el culto de la nación en armas, crea o fortalece la cohesión social interna del cuerpo nacional, minimiza el disenso y consolida fuertes lazos comunitarios –preexistentes o creados en el curso de la movilización bélica– basados en vínculos emocionales *fuertes,* sellados a su vez por valores revestidos de *sacralidad.* Entre esos valores típicos del discurso y la práctica simbólica de todo nacionalismo de guerra se encuentran la exaltación de valores emocionales de gran efectividad, como la sangre derramada y el sacrificio compartido en el frente y la retaguardia; la idealización del destino compartido entre los combatientes y el conjunto de la comunidad nacional, entre la *madre* patria y sus hijos en las trincheras; la exaltación del sentimiento de *camaradería,* del grupo de hombres que comparten la experiencia del combate; y el culto a los héroes y los caídos en general, cuya sangre simboliza

[3] Para una discusión del concepto de *cultura de guerra, vid.* A. PROST, «La guerre de 1914 n'est pas perdue», *Le Mouvement Social,* 199 (2002), pp. 95-102, así como S. AUDOIN-ROUZEAU y A. BECKER, *14-18, retrouver la guerre,* París: Gallimard, 2000, y el volumen colectivo de J.-J. BECKER (ed.), *Histoire culturelle de la Grande Guerre,* París: Armand Colin, 2005.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 12

la continuidad de la nación, al introducir paradójicamente un elemento de ligazón en el relato cronológico de la comunidad[4].

La reiteración y difusión social de esos relatos de sangre y sufrimiento que se transforman en memoria social, de constructos discursivos y simbólicos, socializados además entre amplias capas de la población mediante una política conmemorativa[5], halla a su vez un soporte inmejorable en la profusión de memorias y recuerdos familiares sobre la guerra, traída por la evocación de los caídos en la propia familia o por la vuelta de los veteranos a su hogar –al regazo de la madre, la nación–. La difusión de una narrativa historiográfica y un relato público acorde con esos valores contribuye a elaborar con materiales nuevos y viejos la memoria de la nación en armas, que a su vez consolida y dota de nuevos significados a la conciencia nacional y a la narrativa de la patria heredadas[6]. Así, introduce de modo a veces traumático la memoria individual y familiar en la del colectivo, contribuyendo a interrelacionar ambas esferas de la experiencia vivida.

Por otro lado, y es el aspecto que aquí más nos interesa, la confrontación violenta (real o a veces imaginada, sublimada más que basada en una violencia real, continua o masiva) entre dos colectivos supone la consagración definitiva de una imagen estereotipada de un *otro,* que se convierte en la contraimagen necesaria para consolidar una representación propia del *yo* nacional, *ex novo* o bien a partir de los rasgos previamente fijados por el proceso de construcción nacional en la esfera cultural desarrollado previamente por instituciones, élites intelectuales y movimientos sociales.

La dialéctica entre amigo y enemigo como principio básico de la confrontación política, según la conocida teorización de Carl Schmitt, se traslada así al terreno de las caracterizaciones de los adversarios de la comunidad nacional, y de la comunidad política en general[7]. Cabe especificar, según hiciera Schmitt, que «el enemi-

[4] *Vid.* una reflexión reciente, desde el mundo historiográfico español, en J. CASQUETE y R. CRUZ (eds.), *Políticas de la muerte. Usos y abusos del ritual fúnebre en la Europa del siglo XX,* Madrid: Los Libros de la Catarata, 2009.

[5] *Vid.,* por ejemplo, J. R. GILLIS (ed.), *Commemorations. The Politics of National Identity,* Princeton (N.J.): Princeton UP, 1994. Para el papel de los rituales conmemorativos, véase igualmente el ya clásico P. CONNERTON, *How Societies Remember,* Cambridge (Mass.): Harvard UP, 1989.

[6] *Vid.* U. ÖZKIRIMLI, *Contemporary Debates on Nationalism. A Critical Engagement,* Houndmils: Palgrave Macmimllan, 2005, pp. 51-53; y C. MARVIN y D. W. INGLE, *Blood Sacrifice and the Nation: Totem Rituals and the American Flag,* Cambridge: CUP, 1999.

[7] C. SCHMITT, «El concepto de la política», en *Estudios políticos,* Madrid, Cultura Española, 1941 (reed. en *El concepto de lo político: Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios,* Madrid: Alianza, 1991).

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 13

go es, en sentido singularmente intenso, *existencialmente,* otro distinto, un extranjero, con el cual caben, en caso extremo, conflictos *existenciales»*[8]. Esta imagen del enemigo, sobre todo interno, tenido por «absoluto» hasta su desvalorización moral y su deshumanización, es objetivada a manera de estereotipo en el discurso y la iconografía mediante pautas de «extrañamiento» respecto a lo propiamente patrio (generalmente por su connivencia y servilismo a la injerencia extranjera) y de «estigmatización» por su misma personalidad (incluso sus rasgos) y su vil conducta. Esta representación del «enemigo absoluto» se sustanció como imagen de lo que a menudo se denominó la Antiespaña, que había que combatir, cuando no que redimir y, en ocasiones, aniquilar[9].

El *otro* que impregnaba la Antiespaña podía ser aquél ya señalado por la narrativa nacional(ista) anterior, puede convertirse en un nuevo oponente, o –el fenómeno más usual– se puede incardinar en un *continuum* de amenazas exteriores (y, a veces, interiores), cuya sucesión prueba la capacidad de la patria para renovar su existencia mediante el sacrificio de sus hijos ante amenazas permanentes. En esa narrativa de la alteridad combatida, los viejos enemigos se convierten en nuevos, y los nuevos en viejos. Y los enemigos de la nación retoman caracteres arquetípicos que habían sido atribuidos a los enemigos del imperio, de la Monarquía o de la libertad según los casos.

España también tuvo una historia guerrera mucho antes de su configuración como proyecto nacional y como Estado nacional moderno. La Monarquía, desde la unificación peninsular, y el Imperio católico libraron numerosas contiendas en varios continentes en nombre del rey y de la fe. La revolución liberal española nace envuelta en el manto de ambigüedades y contradicciones que acompañaron a una guerra contra un invasor extranjero –las tropas de Napoleón–, que a su vez también cosechó adhesiones entre la población española, y que estimuló el estallido de reivindicaciones sociales. Los procesos de independencia americanos reforzaron el papel de la guerra en la génesis del nacionalismo español contemporáneo. El segundo imperio colonial, que conservó Cuba, Puerto Rico y Filipinas e incorporó de modo esporádico y poco decidido algunas posesiones africanas a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, no libró guerras exteriores en la misma medida que lo hicieron otros imperios europeos. Pero no por ello dejó de existir una continuidad notable en la cultura de guerra hispánica. Así, las cor-

[8] *Ibídem,* p. 111.

[9] *Vid.* Las observaciones contenidas en F. SEVILLANO, *Rojos. La imagen del enemigo en la guerra civil,* Madrid: Alianza Editorial, 2007.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 14

tas guerras emprendidas en la década de 1860 por el Gobierno de la Unión Liberal, particularmente la campaña de África de 1859-1860, fueron capaces de generar entusiasmo y movilización popular, al igual que las manifestaciones de patriotismo popular que acompañaron a la guerra contra los EE.UU. en 1898[10]. Fueron conflictos, sin embargo, de corta duración, que tuvieron lugar fuera del territorio español, y cuyos efectos en la formación de una *memoria* patriótica basada, por ejemplo, en el culto a los muertos en la guerra *difundido socialmente hacia abajo,* es discutible que tuviesen un impacto real y masivo a medio y largo plazo, más allá del más limitado y elitista culto a los muertos de la guerra de la independencia, a los héroes del Imperio o a los *hombres ilustres* durante la España del siglo XIX. Algo semejante se podría afirmar de la Guerra de África, librada con diversos intervalos entre 1907 y 1925, pues la movilización patriótica que pudo generar se vio fuertemente lastrada por la creciente impopularidad entre las clases subalternas de una guerra que pocos consideraron como vital para la patria.

A pesar de todos estos antecedentes, que configuraron un ciclo específico de experiencias y culturas de guerra en la España contemporánea, es objeto de discusión que España experimentase un auténtico nacionalismo de guerra, una movilización popular duradera y apoyada por la mayoría de los actores político-institucionales en liza alrededor del lema de la unión sagrada contra un invasor o un enemigo externo, como sí experimentaron otros nacionalismos de Estado europeos de los siglos XIX y XX[11]. Pero ello no excluye que la limitada movilización alrededor de arquetipos e imágenes estereotipadas de España y los *otros* haya dejado rastros perdurables en el imaginario popular hasta al menos 1936, perceptibles en la pervivencia de iconos, discursos y mitos diversos de alteridad nacional y étnica, que serán reutilizados, y cuyo significado será ampliado y reformulado, durante la guerra civil. Por otro lado, las guerras carlistas, y muy particularmente la tercera (1872-1876), también fueron interpretadas por los contendientes, sobre todo por los liberales, como un conflicto nacionalizador frente a un territorio (las provincias vascas y Navarra) contemplado como

[10] *Vid.* J. ÁLVAREZ JUNCO, «El nacionalismo español como mito movilizador: Cuatro guerras», en R. CRUZ y M. PÉREZ LEDESMA (eds.), *Cultura y movilización en la España contemporánea,* Madrid: Alianza, 1997, pp. 35-67.

[11] Para una reflexión sobre el papel de la «cultura de guerra» en la España contemporánea, *vid.* E. GONZÁLEZ CALLEJA, «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión general desde el contemporaneísmo español», *Historia Social,* 61 (2008), pp. 69-87.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 15

un cáncer para la patria, una tierra de *martirio* para la nación donde la reacción había plantado sus raíces, y que sólo extirpándolas quirúrgicamente sería posible completar el proceso de creación de una auténtica nación de ciudadanos libres. Se trataba, en parte, de una nación en guerra contra sí misma –o una parte de sí misma– para así pasar por una necesaria *purga,* como ha expresado acertadamente, también en este volumen, Fernando Molina[12].

II

En el caso español, como puede apreciarse a través de las diversas contribuciones de este volumen, se observa una continuidad más que notable de imágenes y discursos acerca de los enemigos de España como comunidad política y cultural. Una continuidad que nace con los enemigos del rey y la religión, continúa con los adversarios de la nación y que se desdobla en enemigos externos e internos, categoría que deviene en un híbrido. La divisoria entre enemigos históricos y nuevos adversarios, así, se ve claramente relativizada. Al mismo tiempo, la diferenciación rígida entre enemigo externo e interno pierde su razón de ser a medida que los primeros se convierten en excusa para anatematizar y excluir de la comunidad a sectores de población u opinión interiores. El enemigo interno es un traidor por ser ajeno a la comunidad imaginada y por servir a credos en última instancia foráneos.

Al mismo tiempo, y si la división entre enemigo externo e interno se torna problemática, incluso en coyunturas de invasión y guerra exterior –como bien señala Andreas Stucki, por ejemplo, los rebeldes cubanos eran «separatistas» de la nación, pero al mismo tiempo contagios de una rebelión «de raza» surgida fuera de Cuba–, es difícil el establecer barreras nítidas entre los enemigos del rey y de la religión, entre el *otro* definido como un hereje y el *otro* construido desde la elaboración de una alteridad étnica. Así lo destacan Peer Schmidt para el caso de los luteranos «alemanizados» en la propaganda hispánica, o Antonio Sáez Arance para los rebeldes protestantes y flamencos. El enemigo puede tornarse en un *otro* confesional o ideológico, cuyo carácter extraño se ve reforzado por el argumento de su dependencia de una conexión exterior. Así lo ilustra el caso del anticlericalismo y la vinculación del catolicismo a un poder externo, el Vaticano, según expone Pilar Salomón. Pero su alteridad se refuerza a través de la etnificación consciente del

[12] *Vid.* F. MOLINA APARICIO, *La tierra del martirio español. El País Vasco y España en el siglo del nacionalismo,* Madrid: CEPC, 2005.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 16

estereotipo ideológico, en cuyos orígenes ambos elementos se funden. La imagen del «rojo» (F. Sevillano) y su carácter intercambiable con el «ruso» (Núñez Seixas) constituyen, igualmente, buenos ejemplos de ese proceso en el período 1936-39 y posterior.

De ahí que toda propuesta de tipologización atemporal y esquemática de la imagen del enemigo, al menos contemplada en perspectiva diacrónica, sea relativa, incluyendo la propia estructuración por secciones que ha adoptado en esta obra. Hay enemigos, de hecho, que podrían figurar perfectamente en cualquiera de las tres secciones. La periodización que aquí proponemos, de raíz cronológica, solamente pretende ser tentativa.

En la Edad Moderna, había enemigos del «Imperio»: los protestantes y luteranos, los turcos, Francia e Inglaterra. Enemigos que tenían categoría para serlo, con los que la Monarquía hispánica negociaba y luchaba, en una ambigua relación, como bien muestra José Javier Ruiz Ibáñez. A todos ellos se les atribuían arquetipos literarios e icónicos que reforzaban la alteridad: pseudobarbarie, falta de civilización, encarnación del Mal, depravación de costumbres y extrañeza de hábitos, a veces rasgos étnicos y psicosomáticos. El discurso que oponía el Bien al Mal, de raíz religiosa, se unía y se complementaba con el discurso clásico de estigmatización del enemigo que oponía civilización a barbarie. Y, a su vez, el enemigo interior también se trasponía en enemigo exterior, en la medida en que se podía convertir en un traidor agazapado al servicio de aquél, fuesen protestantes o erasmistas, como muestra Peer Schmidt, fuesen judíos, como señala Jaime Contreras en su contribución, o fuesen moriscos posibles aliados del *turco*, como describe con buena pluma Pablo Martín Asuero. También devenía en un ente ajeno a la catolicidad/españolidad por su sumisión a credos antitéticos a la tradición y a la fe profundamente ligadas a lo español, aunque la definición de qué era español fuese cambiante, más territorial y «protopatriótica» que plenamente nacional. Los enemigos internos y externos eran intercambiables, y la alteridad y la barbarie étnica también se podían superponer a la religiosa, del mismo modo que podía cambiar de escenario. Como muestra igualmente Antonio Sáez-Arance, el rebelde flamenco lo era por hablar una lengua incomprensible, por bárbaras costumbres y por luterano; y las rebeliones en Indias daban lugar así en ocasiones a la recurrente metáfora del «Flandes indiano».

Con el advenimiento de la nación moderna en el siglo XIX, el *francés* se convirtió en un sinónimo de liberal, al que se le sumaron arquetipos literarios y, a su vez, se convierte en otro detrás del que se esconden los enemigos de la Fe, reencarnación de los enemigos del rey y de la monarquía, empezando por los luteranos,

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 17

como bien muestran en sus contribuciones Pedro Rújula y Peer Schmidt. Pero esta imagen del francés era sólo parcialmente compartida por el liberalismo español y, desde mediados del siglo XIX, por el republicanismo, que a su vez encontró otro antagonista: el Vaticano y su «imperialismo» antiespañol, como igualmente nos muestra Pilar Salomón.

También surgieron *otros,* cual enemigos de la Nación española, compartidos por todas las variantes del nacionalismo español, si bien con argumentos distintos. Por un lado, el *moro,* reelaboración de la antigua idea de la construcción de España frente al invasor árabe, ahora devenido en enemigo de la civilización y el progreso para los liberales, republicanos, e incluso los obreristas barceloneses: el moro era indigno de ser un pueblo libre por tener alma esclava y sumisa)[13]; pero también como un nuevo enemigo de la fe española, que como el turco de otrora era igualmente bárbaro (católicos, liberales moderados). El *moro,* como señala Eloy Martín Corrales, siguió ocupando un lugar prominente durante el primer tercio del siglo XX en las guerras de Marruecos. Lo que se combinaba con la admiración por el moro «lejano» (que después sería el palestino o el saharahui), y la relación paternal de raíz colonial, muy típica de algunos poderes imperiales con sus rebeldes de frontera: el *moro* como depositario de las virtudes arcaicas del buen español, una suerte de muestra de que había un destino africano para el imperialismo español que había sido postergado desde el cardenal Cisneros y la conquista de Orán a favor del destino americano, pero que la guerra contra el Turco recordaba antaño.

Igualmente, como aborda Andreas Stucki en su aportación a esta obra, hay que destacar la imagen del *mambí,* del rebelde cubano, estigmatizado con rasgos raciales añadidos (el «negro»), y que se extendieron en 1895-1898 al rebelde filipino, que sin embargo apenas fue capaz de generar una imagen propia. Este estereotipo se traspuso, tras 1898 y el despegue de los nacionalismos periféricos en suelo español (en especial vasco y catalán), a los «separatistas» de la península. Para estos últimos había, sin embargo, iconos de alteridad previos que provenían de las guerras civiles pasadas: la imagen del vasco carlista, fanático, partidario del Antiguo Régimen, bárbaro y primario por rural y hablante de un idioma «extraño», como enemigo de la nación liberal y como contraimagen de la Madre España constitucional (F. Molina); o la ima-

[13] A. GARCÍA-BALAÑÁ, «Patria, plebe y política en la España isabelina: La Guerra de África en Cataluña (1859-1860)», en E. MARTÍN CORRALES (ed.), *Marruecos y el colonialismo español (1859-1912): De la Guerra de África a la «penetración pacífica»,* Barcelona: Eds. Bellaterra, 2002, 13-77.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 18

gen del catalán rebelde de 1640, insolidario por no aceptar la Unión de Armas, «aborto de la política» como escribía Quevedo. Los separatistas nacían así en los flamencos, seguían en los catalanes y portugueses de 1640, continuaban en los cubanos y acababan en catalanes y vascos (trasunto de carlistas), como bien analiza de manera ágil en su ensayo de *longue durée* Àngel Duarte.

Había asimismo otro enemigo compartido por todas las tendencias del nacionalismo español, aunque en un principio fuese un blanco preferido del nacionalismo tradicionalista y conservador, como bien destaca Daniel Fernández de Miguel en este volumen: el *yanqui* norteamericano, produciéndose una combinación de antinorteamericanismo de derechas (costumbres liberales, encarnación de los males de la Revolución Francesa, después liquidador del imperio español, civilización atea y materialista…) y otro de izquierdas (imperialismo en Latinoamérica desde 1898, antihispanismo, después: solidaridad con la izquierda latinoamericana y Cuba, actitud prosoviética…).

Durante la Guerra Civil española, la apelación al otro como enemigo exterior de España se combinó con la percepción del español oponente como ajeno al cuerpo nacional, por compartir ideas «foráneas» o, simplemente, por ayudar a invasores extranjeros. Los dos bandos en disputa utilizaron patrones discursivos, iconos y símbolos sorprendentemente similares en forma y, hasta cierto punto, en fondo. Pues se trataba de un repertorio común que había puesto en bandeja con anterioridad la historiografía española, los pintores y los intelectuales de todo signo desde al menos el siglo XVIII, y que en buena parte había sido difundido por las políticas públicas[14].

Desde el bando rebelde, franquista, la apelación a los enemigos «rusos», al comunismo invasor, a la masonería y al judaísmo constituían una reelaboración de viejos enemigos: el francés invasor (guerra antinapoleónica), el yanqui (guerra hispano-norteamericana de 1898); el marroquí, ahora desdoblado entre la imagen del moro bueno y los atributos de la «barbarie» del contrario, traspuestos a los republicanos y tropas de brigadistas internacionales; a eso se sumaban arquetipos literarios que incidían en la alteridad, la barbarie y el atraso de poblaciones africanas y los estereotipos de lo ruso y lo «asiático», ahora combinados en una representación del «rojo»; y el separatista, cuya imagen aglutinaba varios rasgos de los anteriores y tenía un contenido si cabe más negativo: el

[14] Para los precedentes decimonónicos, *vid.* J. ÁLVAREZ-JUNCO, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX,* Madrid: Taurus, 2001.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 19

negar la patria se convertía en un acto antinatura (negar a la madre) y, por lo tanto, merecedor del más alto castigo.

Por parte de los republicanos también se aludía al otro como un invasor extranjero. Se recordó la guerra antinapoleónica y la resistencia frente al invasor romano de tiempos pretéritos. Ahora era el fascismo internacional, nueva encarnación de la autocracia (de raigambre supuestamente napoleónica), del militarismo prusiano, y de la barbarie. Los moros eran presentados como enemigos del pueblo, bárbaros e incivilizados. Y los italianos eran enemigos que databan de los tiempos del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. En la tradición del nacionalismo liberal y de izquierda estaban presentes algunos enemigos compartidos con la derecha, como el propio Napoleón, a los que ahora se les atribuía, del mismo modo que en el pasado, significados cambiantes. Valencias que también cambiaban intramuros del propio bando republicano: los anarquistas, por ejemplo, apelaban a sus héroes y a su tradición de herederos del indómito carácter español como muestra, junto con su federalismo «intrínseco» a los pueblos hispánicos, de que el suyo era un modelo revolucionario autóctono y no imitación del soviético. La Antiespaña eran ahora las clases poseedoras (antinacionales por estar sujetas al capitalismo internacional y al interés crematístico, opuesto al amor a la patria), los militares traidores, el clero (sujeto al poder del Vaticano), y el fascismo internacional, encarnación de viejos enemigos, incluso de los del Imperio. Durante la larga dictadura de Franco, la oposición de izquierda, en particular la comunista y en parte socialista, resucitó también el antiamericanismo, por ejemplo al denunciar los pactos secretos entre Franco y los EE.UU. y la consiguiente cesión de soberanía que significaba la instalación de bases militares norteamericanas en suelo español. La política de reconciliación nacional del PCE incluía la condena de la sumisión de Franco al poder norteamericano, y eso tuvo continuidad hasta la Transición, al menos.

Para el nacionalismo franquista, los enemigos de España venían a ser los siempre, de larga tradición en el imaginario del nacionalismo conservador y tradicionalista, y que se habían manifestado durante la Guerra Civil[15]. Desde 1945, sin embargo, el franquismo se vio constreñido a redefinir de modo paulatino el papel de las potencias occidentales en su imaginario, así como a apelar a términos católicos, a exaltar el anticomunismo, así como a diluir el antiliberalismo, aunque sólo fuese cuando convenía. La apelación

[15] *Vid.* I. SAZ, *España contra España. Los nacionalismos franquistas,* Madrid: Marcial Pons, 2002.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 20

retórica a la masonería como enemiga de España, sin embargo, se mantuvo viva hasta el final, aunque sólo brotase en coyunturas específicas. Una larga pervivencia que demostró el propio Franco en su última alocución pública el 1 de octubre de 1975, cuando aludió una vez más al «contubernio» de izquierdistas y masones concubinados contra España. Pero el enemigo más temido era ahora el «interior»: la Antiespaña de los valores opuestos a la tradición (demócratas, izquierdistas), cual fue el «separatismo». En este aspecto, el franquismo tuvo que convivir con su fantasma: existió un cierto «regionalismo franquista», como en otros regímenes fascistas, que anidaba en el alma menéndezpelayiana y tradicionalista del nacionalismo conservador, sintetizada en su momento por Víctor Pradera. Pero que siempre hallaba un freno en el temor a despertar al separatismo «latente», cuyas causas (como muestran, por ejemplo, los informes del Consejo Nacional del Movimiento en las décadas de 1960 y 1970) se atribuía a factores casi psicosomáticos, y a la actuación de agentes perturbadores llegados del extranjero. Tal era la teoría, por ejemplo, de Maximiano García Venero: el catalanismo o el nacionalismo vasco eran vistos en su origen, en última instancia, como instrumentos promovidos por el interés imperialista francés o británico en disgregar España[16]. Pero, al mismo tiempo, había que afirmar lo vasco y lo catalán, y lo gallego, como parte integrante de la más pura y noble tradición española.

Durante los años de la Transición y de la consolidación democrática, es posible afirmar que el europeísmo de la izquierda española, en particular de la izquierda socialdemócrata, contribuyó a diluir de forma progresiva en el nacionalismo liberal y de izquierda español la idea de un enemigo exterior. Salvo, quizás, en el antiamericanismo por reacción que se sigue manifestando en la década de 1990 y principios del siglo XXI, y que se expresa a través de una oposición a la política exterior norteamericana, en particular en América Latina; pero que ya no es contemplado como una amenaza a la existencia de España como nación. Para la mayoría de la izquierda, sin embargo, el adversario contradictorio, en la medida en que también era contemplado como un aliado frente a la *España conservadora e implícitamente continuadora del franquismo,* seguían siendo en buena medida los nacionalismos subestatales, o al menos importantes sectores de ellos. Ahora bien, desde la década de 1980 empezaron asimismo a reverdecer las críticas al mismo por insolidario, por negar principios con la igualdad de

[16] M. GARCÍA VENERO, *Historia del nacionalismo catalán (1793-1936),* Madrid: Editora Nacional, 1944 y, del mismo autor, *Historia del nacionalismo vasco,* Madrid: Editora Nacional, 1945.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 21

oportunidades sociales y de distribución de recursos: de ahí la soterrada pero permanente oposición a los privilegios forales y la recurrente continuidad del icono del vasco (carlista) y de la guerra del Norte, como bien muestra Fernando Molina en su contribución a este volumen.

La derecha democrática, por su parte, también ha enarbolado el mismo argumento, aunque con mayor fuerza y vehemencia, pues se basa en un repertorio más amplio de presupuestos culturales y organicistas, tales como la consideración del idioma castellano como marcador étnico irrenunciable de la españolidad; la denuncia de la situación de *discriminación lingüística* –idea esta también compartida por sectores de la izquierda, no obstante– en la periferia; la convicción de que España dejará de existir como comunidad política si deja de ser una nación; y la idea subyacente, aunque implícita, de que todo nacionalismo periférico supone una traición a la patria, al negar la identidad reflejada en el vínculo que se supone natural, el paternofilial con la comunidad sublimado e implícito en el propio concepto de patria. Los discursos de la derecha radical van más allá y se sintetizan en el temor a la «triple amenaza» a la soberanía nacional española que supondría la conjunción de un enemigo interior (separatismos) y de dos enemigos exteriores: la cesión de soberanía a la Unión Europea y la invasión de inmigrantes inasimilables, como le gustaba recordar a Gonzalo Fernández de la Mora[17]. La inmigración extraeuropea desde principios del siglo XXI ha ofrecido también, sin duda, nuevos chivos expiatorios.

Ahora bien, y como bien destacan en sus contribuciones F. Molina y A. Duarte, ¿hasta qué punto son adversarios exteriores? ¿Dónde se acaba la división entre adversarios u *otros* internos y externos, también en este caso? Por otro lado, ¿acaso no reverdece en ellos, sobre todo en el caso de los inmigrantes musulmanes, la tradicional oposición al *moro?* ¿Acaso no reproduce la tan manida teoría de la conspiración del 11-M, que atribuye a una inteligencia entre terroristas integristas islámicos y la ETA el atentado del 11 de marzo de 2004 en Madrid, en el fondo la ya clásica colusión entre el enemigo interno y el externo, ahora eficazmente representado por el integrismo islámico y a menudo generalizado al conjunto del mundo musulmán?

Este amplio repaso de la imagen del enemigo muestra, así, como en la distinción y la categorización del «otro» sobresale la continuidad de los estereotipos divulgados y la ambigüedad de su

[17] G. FERNÁNDEZ DE LA MORA, «La desnacionalización de España», *Razón Española,* 118 (2003), 149-62.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 22

uso propagandístico (del enemigo externo e interno, aun español, e incluso entre bandos enfrentados). Pero toda historia cultural de la política y toda historia de las representaciones, en cuyo ámbito se encuadran sin duda la mayoría de las contribuciones recogidas en este volumen, no puede eludir plantearse una cuestión básica: ¿hasta qué punto esos imaginarios calaron? ¿Cuál fue su difusión social? Los avances historiográficos en este sentido, fuerza es recordarlo, son más modestos, aunque aquí se ofrecen pistas en varias de las contribuciones. Ciertamente, algo sabemos sobre la Guerra de Cuba, y la difusión de lo que algunos autores denominaron patriotismo «popular» a través de funciones de teatro, zarzuelas patrióticas donde la xenofobia a menudo era corriente, y otras manifestaciones. Sabemos, sin embargo, bastante menos acerca del papel de la larga Guerra de Marruecos en generar imágenes del otro de cierta difusión popular, pues la historiografía ha tendido a acentuar los momentos de máxima impopularidad de las campañas de Marruecos, en coyunturas como la Semana Trágica de 1909 o el Desastre de Annual de 1921, pero ha tenido más dificultades en rastrear el poso persistente de estereotipos e imágenes generadas por esa misma guerra, y que alcanzó también, probablemente, más de lo que creemos, a quienes no comulgaban con el régimen de la Restauración. Podía generar desapego hacia el régimen entre sectores de las clases populares; pero también estereotipos sobre los enemigos externos de la nación. Los «mahometanos», a los que los agraristas de Salceda de Caselas (Pontevedra) aludían en sus cartas en 1917 no eran sino los odiados caciques locales[18]. Tampoco, pese a los avances registrados, es demasiado lo que sabemos de la guerra civil de 1936-1939 en este aspecto, si bien algunas calas en memorias y en cartas de combatientes permiten aventurar que muchos de ellos creían estar en efecto luchando contra un oponente que era extranjero en una proporción mayoritaria, y en cuyo seno los «compatriotas» dejaban de serlo por someterse a dictados extranjeros, aunque aquí a veces emergía un discurso de la común virilidad *española* en ambos bandos)[19]. No deja de ser interesante, con todo, cuán distinta es la reacción de muchos de esos

[18] Correspondencia del Centro de Protección Agrícola de Salceda de Caselas, 1913-1936, Casa Tui-Salceda, Buenos Aires.

[19] *Vid.* X. M. Núñez Seixas, *¡Fuera el invasor! Nacionalismo y movilización bélica durante la guerra civil española, 1936-1939,* Madrid: Marcial Pons, 2006; e íd., «Fighting for Spain? Patriotism, War Mobilization and Soldiers' Motivations (1936-1939)», en Martin Baumeister y Stefanie Schüler-Springorum (eds.), «If You Tolerate This…». *The Spanish Civil War in the Age of Total War,* Frankfurt a. M./Nueva York: Campus, 2008, 47-73.

001-24 EnemiEspa 13/5/10 12:41 Página 23

mismos protagonistas al confrontarse un enemigo virtual con un enemigo «real». Ese fue el caso cuando, por ejemplo, los soldados españoles de la División Azul se encuentran con rusos de verdad en el frente del Wolchow y de Leningrado en 1941-1943, y comprobaron que la temida bestia asiática y bolchevique se tornaba en míseros campesinos y soldados atemorizados y poco motivados, como muestra X. M. Núñez Seixas.

Quizás esto último sea una indicación, con todo, de que para la gente de a pie, y para muchos de los anónimos protagonistas de la Historia, convivir con el enemigo suele ser tarea más fácil que para las élites. En parte porque sus propias percepciones de qué es el enemigo son mucho más difusas de lo que la propaganda y los discursos culturales y políticos sugieren. Y para buena parte de aquellas élites, como se muestra en las contribuciones sobre la Edad Moderna, pactar con el hereje acostumbraba a ser más sencillo que hacerlo con los adversarios que en teoría defendían la misma religión, aunque rivalizasen en poder y gloria con el Imperio español. La *Realpolitik* sólo cedió ante el peso de las cosmovisiones excluyentes que introdujo el nacionalismo, y la etnificación del enemigo, en la era del nacionalismo.

En este volumen se recoge una muestra que entendemos muy significativa de los enemigos de España en el pasado y en el presente. No están todos los que son. Por diversas razones no ha sido posible contar con contribuciones específicas acerca del papel de Inglaterra o Francia como enemigos del Imperio español –aunque es un aspecto abordado en la contribución de J. J. Ruiz Ibáñez–. Pero sí son todos los que están. Al público lector le corresponde ahora juzgar. Por nuestra parte, sólo nos queda agradecer a todos los autores su colaboración, así como al Centro de Estudios Políticos y Constitucionales la buena acogida dispensada a este proyecto, posibilitando primero la celebración en su sede del IV Coloquio Internacional de Historia Política los días 5 y 6 de junio de 2008, que da origen a este libro, y después aceptando el manuscrito para su publicación. Queremos por ello dejar constancia de nuestro especial agradecimiento tanto a los antiguos director y director de publicaciones del CEPC, José Álvarez Junco y Javier Moreno, como a los actuales, Paloma Biglino y Luis A. Delgado del Rincón, su apoyo y generosidad.

Santiago de Compostela/Alicante, julio de 2009.